

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

Robert De Niro Un tipo que no es de fiar

Autor/es:

Rodríguez Marchante, Oti

Citar como:

Rodríguez Marchante, O. (1998). Robert De Niro Un tipo que no es de fiar. Nosferatu. Revista de cine. (27):38-39.

Documento descargado de:

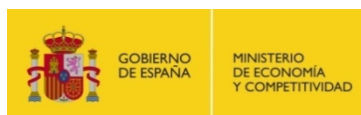
<http://hdl.handle.net/10251/41071>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Taxi Driver

Robert De Niro

Un tipo que no es de fiar

Oti Rodríguez Marchante

Brian De Palma eta Roger Cormanekin hasi zenetik bertatik, muturreko pertsonaiak antzezten espezialdu da Robert De Niro: hiltzaileak, gizatxarrak, psikopatak, orekagabeak... Helducroan ere bere atzealde iluna erakusten digu De Nirok eta horixe berresten dute bere azken lanek:

Jackie Brown (1997), Grandes esperanzas (1997) eta Cortina de humo (1997).

De las muchas caras que tiene la maldad en estado puro, hay una que coincide plenamente con los rasgos faciales de Robert De Niro: ojillos pequeños y ladinos, sonrisa sardónica que no presagia nada bueno, leve y amenazante levantamiento de ceja y unas arrugas que se le forman en varias zonas de las mejillas como trincheras de la guerra que se avecina. Hay algo en De Niro que lo convierte en un ejemplar único dentro de la fauna actoral: nadie sabe ensuciar un plano como él.

Hay un centenar de ejemplos en la pantalla que avalan esta opinión, pero pongamos sólo un par de ellos para abrir fuego; la escena de **El cabo del miedo** (1991) en que acorrala a la entonces niña Juliette Lewis y le hace un repaso en la boca con su dedazo que ha quedado ya para los anales de las más lujuriosas violaciones de la pantalla. En ese instante, no hay nada en el mundo tan agresivo y horroroso como el rostro y el dedo de De Niro... No sólo ella, la niña Lewis, sino hasta el último espectador se mea encima del

puro miedo. Y el otro ejemplo podría ser esa escena de **Uno de los nuestros** (1990) cuando intenta convencer a la mujer de Ray Liotta de que pase a uno de los almacenes a ver el género; ella avanza alejándose mientras él la mira y, sonriente, la anima a entrar al almacén... Un escalofrío te recorre todo el cuerpo con la certeza de que va a caer el guadañazo.

Hay que decir en honor de Robert De Niro que lo suyo no es reciente: siempre ha sabido ser malo. En sus comienzos con Brian De Pal-

ma y Roger Corman y en sus primeras correrías con Martin Scorsese. Cualquier director que, como éstos, pretenda dibujar el lado rugoso del alma humana encontrará en el rostro de De Niro el mejor pincel: el neurótico marginal (junto a Harvey Keitel, otro que se las trae) de **Malas calles** (1973); el tarado siempre en vela de **Taxi Driver** (1976); el prodigio de desequilibrado en **El cazador** (1978)... O sea, ya en su prehistoria, Robert De Niro llevaba tatuadas en su cerebro las flores del mal.

Con el tiempo, esas flores en vez de marchitarse han adquirido colores aún más vivos. Hasta el punto de que, en múltiples ocasiones, usa y abusa de sus perfiles malignos hasta traspasar esa línea que separa el horror de la farsa. Porque De Niro es un claro ejemplo de actor con "método" (es histórico que él y Harvey Keitel se conocieron en esa especie de "West Point" de la interpretación americana que ha sido la escuela de Lee Strasberg), y él ha usado y abusado de los "métodos" más suicidas para meterse en la piel de sus personajes. Recordemos cuando se convirtió en un saco de grasa para encarnar el envilecimiento físico y mental de Jack LaMotta en **Toro salvaje** (1980), o cuando se puso en contacto con Arnold Schwarzenegger para ser el animal salvaje de **El cabo del miedo**. Ya nadie en la profesión duda de que Robert De Niro se cortaría el brazo para hacer de Cervantes y el miembro para hacer de John Bobbit (el exmarido de Lorena Bobbit, aquella mujer que se hizo célebre por su dentellada).

Se podría profundizar mucho más, claro está, en las tácticas bélicas que utiliza De Niro para hacer de funda de sus personajes, pero quizá resulte más interesante adentrarse en otros terrenos más arriesgados: Robert De Niro es, hoy por hoy, el actor poético por excelencia. Y el que asume con

un mayor desprecio por el riesgo los peligros que siempre implica la poesía en la pantalla, que transcurre habitualmente por ese hilo delgado que separa lo sublime de lo ridículo. Su encarnación del Frankenstein, en versión shakespeariana y megalómana de Kenneth Branagh, es el ejemplo más preciso de hasta dónde es capaz de llegar De Niro para no ir a ningún sitio. A diferencia de Boris Karloff, a quien se le acabó pegando la máscara del monstruo, un actor de la naturaleza de Robert De Niro no puede evitar el proceso contrario: que sea su personalidad la que se le pegue al monstruo y que resulte imposible no verlo por allí, dentro de él.

Y la personalidad de Robert De Niro, aunque sólo sea de una forma cinematográfica (más aún, subliminal), no se corresponde prácticamente nunca con eso que se considera como "moral americana". Hay pocos casos en la Historia del Cine, por no decir ninguno, en el que una estrella de tanta magnitud haya sido excluida sistemáticamente "del lado bueno" -curiosamente, en cuanto él dirigió una película, **Una historia del Bronx** (1993), se otorgó un papel lleno de dignidad humana-. O dicho de otro modo, los que están al otro lado de los "valores morales" rara vez consiguen ser una estrella de tanta magnitud. "Malos" de cine hay, desde luego, muchos; pero "malos" que hagan tambalear los habituales principios de simpatía del público en masa, y que consigan tanta o más aceptación que el "bueno", ya no son tantos.

Esto se hace evidente y cristalino en **Heat** (1995), en esa escena tensa como la cuerda de un tenor en la que De Niro y Al Pacino se explican de manera filosófico-macarra sus propias posturas a cada lado de la ley. De Niro es, naturalmente, el villano de la historia, pero nadie puede evitar, ni siquiera Pacino, que le atraviese una

puñalada de simpatía hacia él. Por eso Robert De Niro es, también, un revolucionario: dinamita lo políticamente correcto.

En sus últimas películas -**Jackie Brown** (Quentin Tarantino, 1997), **Grandes esperanzas** (Alfonso Cuarón, 1997) y **Cortina de humo** (Barry Levinson, 1997)-, De Niro investiga en los diversos senderos del mal. Para Tarantino construye un malvado imbécil, trasnochado, con un evidente desajuste entre su cerebro y su boca, que mata y muere sin pensar. Para Cuarón, en cambio, hace un malo entre comillas, alguien con unas formas despreciables pero con un fondo altruista y trágico. Y para Levinson, quizá el más complejo de sus últimos personajes, interpreta no un "malo" en esencia, sino un servidor del mal, que ajusta los disparates del presidente americano al precio que sea, siempre y cuando lo paguen otros.

Pues bien, todo esto es, resumiendo, el papelón que le ha tocado hacer a Robert De Niro en la Historia del Cine: canallas, tarados, asesinos, histéricos, destruidos y destructores. Y a punto ha estado la vida real de convertirlo en proxeneta y en "padrino" de una red de prostitución en París. La culpa, según confesó personalmente en el último Festival de Berlín, la tuvo un juez que había visto todas sus películas, que conocía su lado oscuro y que sabía, naturalmente, de lo que es capaz Robert De Niro. Él se declaró inocente de todos los cargos, pero, entre nosotros, que sabemos que en los alrededores de De Niro puede ocurrir cualquier barbaridad, que lo hemos visto desnucar a un tipo sin cambiar el tono de su voz en medio de un discurso -**Los intocables de Elliot Ness** (1987)-, no nos choca especialmente que anduviera dando la vez y vigilando la cola en un lupanar de lujo parisién. Robert De Niro, seamos francos, no es de fiar.